

---

Planas, J. (junio, 2026). "Ernesto Nelson y la reintroducción de las ideas norteamericanas sobre la biblioteca pública en la Argentina". En *Catalejos. Revista sobre lectura, formación de lectores y literatura para niños*, 22 (11), pp. 120 – 150.

---

**Título:** Ernesto Nelson y la reintroducción de las ideas norteamericanas sobre la biblioteca pública en la Argentina

**Resumen:** Se busca brindar una aproximación crítica a *Las bibliotecas en los Estados Unidos*, de Ernesto Nelson (1929). El análisis busca restituir los temas principales de la obra y relacionarlos con su contexto histórico de producción, en especial, con aquellos aspectos relativos a la historia de las bibliotecas y de las ideas bibliotecarias en la Argentina. Tres elementos se revelan como fundamentales: (1) el concepto de biblioteca pública; (2) la infraestructura de la biblioteca pública; (3) la gestión bibliotecológica de la biblioteca pública. Se concluye que la obra de Nelson contribuyó a renovar las ideas norteamericanas sobre bibliotecas en la Argentina.

**Palabras clave:** Ernesto Nelson, Historia de la bibliotecología, Bibliotecología norteamericana, Historia de las bibliotecas, Biblioteca Pública, Historia intelectual.

**Title:** *Ernesto Nelson and the reintroduction of American ideas about public libraries in Argentina*

**Abstract:** *This paper seeks to provide a critical approach to Ernesto Nelson's (1929) "Las bibliotecas en los Estados Unidos" (Libraries in the United States). The analysis aims to restore the main themes of the work and relate them to their historical context of production, especially those aspects related to the history of libraries and library ideas in Argentina. Three elements are revealed as fundamental: (1) the concept of the public library; (2) the infrastructure of the public library; (3) the library management of the public library. It is concluded that Nelson's work contributed to renewing American ideas about libraries in Argentina.*

**Keywords:** *Ernesto Nelson, History of library science, American library science, History of libraries, Public library, Intellectual history.*

## Ernesto Nelson y la reintroducción de las ideas norteamericanas sobre la biblioteca pública en la Argentina

Javier Planas <sup>1</sup>

### 1. Ernesto Nelson, bibliotecario. Un largo olvido.

De forma natural o intuitiva, cualquier persona interesada en los estudios bibliotecarios del pedagogo argentino Ernesto Nelson y de su muy famosa, aunque ya olvidada obra, *Las bibliotecas en los Estados Unidos* (Nelson, 1927), iría a pescar al estanque de la bibliotecología para conocer los trazos generales del trabajo o su contexto de circulación en Argentina y/o en América Latina. Lo que se obtiene como resultado es una decepción grande. Primero, porque casi todas las referencias que se pueden encontrar remiten a las dos décadas posteriores a la publicación de ese libro, de lo que se deduce que no hay estudios histórico-críticos relativamente recientes sobre el asunto. Segundo, porque ese conjunto de menciones, casi todas coincidentes en la importancia que tuvo Nelson para refrescar, reintroducir o impulsar la cultura norteamericana de biblioteca en los países de habla hispana, y en especial en la Argentina, no se adentra en el análisis propiamente dicho del trabajo. La excepción a esta regla es Manuel Selva, que se nutrió profusamente de la obra de Nelson para escribir su *Manual de Bibliotecnia* (1939), que es el libro conformado por las fichas de clase que el autor armó para dictar los primeros cursos de bibliotecología de la Argentina. Ante la situación frustrante que deja este panorama, no queda otro remedio que tirar la caña en otras aguas.

Y esas aguas son las que corresponden a la historia de la educación, que sí se hizo cargo del estudio de la obra de Nelson. Razones no faltaban: fue uno de los intelectuales principales del ámbito educativo argentino durante las primeras tres décadas del siglo XX, aunque muchas veces sus ideas para la transformación del sistema educativo no fueron implementadas. La bibliografía producida por esta

---

<sup>1</sup> Javier Planas es licenciado en Bibliotecología y Ciencia de la Información y Doctor en Ciencias Sociales. Trabaja temas vinculados con la historia de la lectura, el libro y las bibliotecas. Es investigador de Conicet y director del Departamento de Bibliotecología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP), donde también reviste como profesor. Es autor de Libros, lectores y sociabilidades de lectura. Contacto: [jplanas@fahce.unlp.edu.ar](mailto:jplanas@fahce.unlp.edu.ar)

disciplina puede reunirse en dos grandes grupos. El primero, aborda en profundidad el *Plan de reformas a la enseñanza secundaria*, publicado por Nelson en 1915, y que contó con una reedición crítica en 2017 a cargo de la Universidad Pedagógica, en el marco de la colección “Ideas de la Educación Argentina”, dirigida por Darío Pulfer. Varios autores buscaron comprender ese ambicioso programa reformador de Nelson, quien por aquel entonces se opuso a la enseñanza enciclopedista dominante, y propuso en cambio el modelo norteamericano de educación, inspirado en el pragmatismo de John Dewey, y desarrollado sobre la base conceptual del individualismo y la democracia. Desde el trabajo pionero de Inés Dussel (1997), hasta el estudio preliminar del *Plan de reformas a la enseñanza* realizado por Gagliano (2017), sumando otros artículos más o menos recientes (Fischer y Mosqueira, 2017; Southwell, 2018; Sánchez García, 2023), todos los estudios concluyeron que el fracaso de la propuesta de Nelson se debió a su posición relativamente heterodoxa dentro del campo educativo, y a ciertas dificultades del autor para construir estrategias políticas que ayudaran a movilizar su proyecto. El segundo grupo de estudios se caracteriza por abordar las ideas pedagógicas de Nelson como parte de algún asunto general. Por ejemplo: (a) la recepción de la obra de Dewey en Argentina, de la que Nelson fue uno de los primeros y más entusiastas lectores y difusores (Caruso y Dussel, 2009; Taliercio y Sgró, 2020); (b) las metodologías para la enseñanza de la lectura de los textos literarios, temática en la que el autor fue crítico de los procedimientos establecidos por el magisterio (Bombini, 2007); (c) la estructura burocrática y política de la enseñanza universitaria en la Argentina, de la que Nelson renegó, aponiéndose al mismo tiempo al pensamiento tradicional y a las ideas reformistas emergentes en la década de 1910 (Herrero, 2006); (d) finalmente, la minoridad y la delincuencia juvenil, temas más relacionados con el ámbito judicial, pero que el autor trabajó desde un enfoque asociado a su trayectoria como pedagogo, proponiendo un examen del contexto familiar de desenvolvimiento de los niños y los adolescentes (Stagno, 2009).

En todos los trabajos citados, *Las bibliotecas en los Estados Unidos* (1927) es apenas mencionado. Todo lo cual resulta lógico y previsible, dado el objeto de conocimiento de la historia de la educación. El área de vacancia queda así definida,

y con ello se justifica realizar un estudio que se circunscriba a la obra bibliotecaria de Nelson, y que ayude a comprender las ideas principales del autor sobre el asunto.

## 2. Nelson y sus textos sobre bibliotecas

No se escribió todavía una obra dedicada a la vida de Nelson. Lo que conocemos hasta hoy son datos que se reiteran en la bibliografía crítica citada, y que de un modo u otro están dispersos en algunas notas biográficas breves (Abeledo, 1961; Payró, 1903; De Luca, 2008), o que fueron hallados en documentos de época por cada investigador. En cualquier caso, se sabe que Nelson nació en 1873, que era hijo de quién fuera decano de la Facultad de Veterinaria y Agronomía de la Universidad de Buenos Aires, Enrique Nelson, y que su trayectoria profesional estuvo dedicada al ámbito educativo. En este contexto, ocupó diferentes cargos públicos: fue docente e inspector, dirigió el Internado del Colegio Nacional de la Universidad Nacional de La Plata, fue enviado en varias oportunidades en misión oficial a Estados Unidos, e integró diferentes juntas y consejos en la estructura administrativa. Por fuera de las instituciones gubernamentales, formó parte activa de distintas asociaciones, en especial, de aquellas vinculadas a la cultura norteamericana, como el Rotary Club y el Instituto Cultural Argentino Norteamericano. En el ámbito bibliotecario, entre 1909 y 1911 se desempeñó como vocal en la Comisión Protectora y de Fomento a las Bibliotecas Populares de la Provincia de Buenos Aires. Pero más allá de esta participación, de la que no se conoce con exactitud su grado de compromiso o responsabilidad (Agesta, 2023a), no se tiene dato seguro de que se haya involucrado oficialmente con otras agencias estatales vinculadas con el campo bibliotecario.

De lo que sí se tiene registro es de su pensamiento sobre las bibliotecas. De un relevamiento realizado en diferentes repositorios, puede indicarse que la obra bibliotecaria de Nelson inició en 1921 con la publicación de un folleto de unas ciento diez páginas, titulado: *La biblioteca pública y su misión social: impresiones y sugerencias que nos ofrecen las grandes y pequeñas bibliotecas norteamericanas* (Nelson, 1921). Este ensayo, tal y como se deja adivinar por el subtítulo, anticipa varios puntos y pasajes de su máximo estudio bibliotecológico: *Las bibliotecas en los Estados Unidos* (Nelson, 1927). Eso significa que las observaciones de campo que realizó el autor sobre el sistema bibliotecario norteamericano datan de la década de

1910, incluso puede que algunas notas hayan sido elaboradas con anterioridad, durante una larga estancia del autor en Norteamérica entre 1902 y 1906 (Gagliano, 2017). Lo que es seguro, por la información provista en el libro, es que el proceso de escritura llevó a Nelson a revisar bibliografía y anuarios estadísticos más allá de la fecha de edición del folleto. El libro tuvo una reedición en 1929, aumentada con un pasaje dedicado a la educación para adultos (Nelson, 1929). En 1930 la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares le publicó un folleto de 24 páginas, titulado: *La función educacional de la biblioteca pública* (Nelson, 1930). En los años siguientes aparecieron algunos artículos sueltos. El primero del que se tiene noticia es un capítulo muy breve en *Popular libraries of the world* (Bostwick, 1933), una compilación auspiciada por American Library Association que tenía como objetivo comparar el desarrollo de las bibliotecas públicas y populares en diferentes países del mundo, y donde Nelson expuso sucintamente el modelo bibliotecario argentino de biblioteca popular (Nelson, 1933). Otros cuatro artículos fueron publicados en el *Boletín de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares*: “Liberación de la cultura” (Nelson, 1934); “La biblioteca pública y los problemas de nuestra cultura” (Nelson, 1936); “Bibliotecas circulantes y librerías” (Nelson, 1937); “Bibliotecas y cooperadoras” (Nelson, 1941). En estos últimos estudios, además de incluir menciones al sistema norteamericano de bibliotecas, Nelson se refirió, entre críticas y algunos elogios, a las bibliotecas en la Argentina.

Toda esa obra bibliotecaria, sumada a los análisis de Nelson en el ámbito educativo, lo colocan entre los intelectuales de la primera mitad del siglo XX que buscaron, desde la crítica y las ideas, contribuir con la transformación sociocultural de la sociedad argentina. Desde luego, el autor no se cuenta entre los grandes nombres de la historia. Los estudios sobre su trabajo pedagógico lo sitúan en un espacio intermedio, siempre al margen de las posiciones dominantes de su época y menos considerado que otras personalidades como, por ejemplo, Joaquín V. González (Dussel, 1997). Y, sin embargo, ese lugar que Nelson supo ganarse de manera paulatina mediante los sucesivos análisis que le dedicó al sistema educativo, a través de su experiencia como funcionario y a partir de las relaciones sociales que cultivó durante su vida laboral, le dieron las credenciales para ingresar al ámbito bibliotecario. Este salto de campo solo es explicable en relación con el rudimentario

estado de situación de las bibliotecas y de la incipiente de las ideas bibliotecarias en Argentina (Fino y Hourcade, 1953; Parada, 2009; Planas, 2019).

En este marco, el primer paso para comprender el pensamiento bibliotecario que aportó Nelson requiere colocar la atención en *Las bibliotecas en los Estados Unidos*, por encima de otros aportes del autor, para buscar allí los temas principales de la obra y procurar interpretarlos en relación con su contexto histórico de producción. Esto último exige, alternativamente, revisar algunos aspectos relativos a la historia de las bibliotecas y de las ideas bibliotecarias en la Argentina, en particular, aquellas vinculadas al desarrollo de las bibliotecas populares. Con todo, el objetivo es brindar una primera aproximación que coloque los estudios bibliotecarios de Nelson entre las obras de relevancia en la historia bibliotecaria del país y, con ello, contribuir especialmente con el conocimiento de la participación intelectual en esa historia (Planas, 2024).

### **3. La vuelta de las ideas norteamericanas sobre bibliotecas en la Argentina**

*Las bibliotecas en los Estados Unidos* fue la sexta entrega dentro de una colección denominada “Biblioteca interamericana”, cuyo propósito era difundir la cultura norteamericana en los países de habla hispana, especialmente en América Latina. La colección fue auspiciada por la Dotación de Carnegie para la Paz Internacional, y tuvo quince entregas entre 1919 y 1946 (Filosofía en Español, 2025). Según Nelson, el presidente de la División de Intercambio y Educación de la institución fue quien le sugirió la obra, con el encargo expreso de resumir el movimiento bibliotecario de los Estados Unidos (Nelson, 1927, p. iii). Las ideas, el trabajo y la trayectoria de Nelson se acomodaban muy bien y sin forzamiento al propósito general de la colección. Como quedó dicho, sus estudios pedagógicos de vocación renovadora se habían inspirado en la filosofía de John Dewey y en el funcionamiento del sistema educativo estadounidense. Tocaba, pues, el turno a las bibliotecas, a las que consideraba una extensión de las escuelas y, en un sentido más restringido, como laboratorios de investigación donde la inquietud y la aptitud creativa de las personas encontrarían un lugar donde desarrollarse. La idea no era del todo novedosa, puesto que durante el siglo XIX Domingo Faustino Sarmiento había insistido en ese efecto de complementariedad entre la escuela y la biblioteca a partir

de las ideas de otro pedagogo norteamericano: Horace Mann. Sin embargo, en materia de bibliotecas, la propuesta de Sarmiento estuvo contenida dentro un discurso de carácter genérico, en el que no se puede encontrar un desarrollo operativo ni exhaustivo de las claves conceptuales. En otras palabras: su interés estuvo focalizado en promocionar la creación y la expansión de las bibliotecas (Planas, 2017, 2023). En cambio, el libro de Nelson venía a mostrar de forma detallada la manera en que la biblioteca al estilo norteamericano era un ámbito o, si se prefiere, una suerte de infraestructura dispuesta para recibir a los individuos inquietos, emprendedores, deudores todos de un tipo de formación en la que el conocimiento era, esencialmente, una actividad practicada, y mucho menos una lección aprendida en un texto o a través de la voz de un docente (Dussel, 1997).

Cuando se publica por primera vez en 1927 *Las bibliotecas en los Estados Unidos* la bibliotecológica de este país estaba en un proceso de expansión internacional. Nataly Nieto Arango (2024), que estudió este fenómeno en América Latina y, de modo especial, en el campo bibliotecario colombiano de la segunda posguerra, mostró que la influencia técnica de la bibliotecología norteamericana tuvo su hito fundacional en el momento en que Melville Dewey publicó el sistema de la clasificación decimal en 1876, y que los cimientos políticos expansionistas de esta influencia, que pueden comprenderse desde luego en el contexto histórico de conversión de los Estados Unidos en una nación de carácter imperialista en el transcurso del siglo XIX, hay que buscarlos de manera específica en la organización de la American Library Association (ALA), que en ese mismo 1876 contribuyó a promover el propio Dewey y que, con el tiempo, se transformó en un organismo central en las decisiones normativas del campo a nivel global. Estos dos elementos —el técnico y el político— fueron decisivos para propiciar, en las siguientes décadas, la circulación de los conceptos y las ideas norteamericanas sobre bibliotecas en diferentes eventos internacionales y a partir de ciertas articulaciones institucionales, como los acuerdos de cooperación que logró la ALA con el Instituto Internacional de Bibliografía (Nieto Arango, 2024). De forma paralela, el modelo norteamericano encontró un fuerte impulso trasnacional con la Fundación Carnegie, que apoyó materialmente la instalación de bibliotecas en diferentes partes del mundo a cambio del cumplimiento de ciertas condiciones de organización

bibliotecaria y de la garantía de un presupuesto para las futuras instituciones por parte de las ciudades receptoras. Un caso emblemático en América Latina de este tipo de política se puede encontrar con la fundación en 1916 de la Biblioteca Carnegie de Puerto Rico, hecho que sin duda debe consignarse dentro del proceso general de americanización cultural que significó para este país cambiar su condición de colonia española por el tutelaje norteamericano (Flores Ramos, 2018). Las operaciones de este tipo, junto a otras de similares características que el Reino Unido propició entre sus colonias, dieron como resultado la universalización de la idea angloamericana de biblioteca pública, que es la misma que la UNESCO difundió en todo el globo desde el final de la década de 1940 (Laugesen, 2014).

Ahora bien, que la obra de Nelson pueda considerarse entre los efectos de la propaganda bibliotecológica que supieron articular y extender los bibliotecarios norteamericanos no significa que no haya existido un genuino interés por parte del autor y de otros muchos bibliotecarios del mundo que fueron a Estados Unidos en viajes de conocimiento, y que al regresar a sus países expusieron maravillados ante sus colegas la manera americana de hacer la biblioteca, tal y como lo había hecho Eugène Morel al inicio del siglo XX para el público francés (Chartier y Hébrard, 2005). Pero, ¿qué cosa era lo que entusiasmaba a los admiradores de la biblioteca pública norteamericana y, de forma particular, lo que generó la inquietud bibliotecaria en Nelson? La respuesta a tal interrogación radica en el efecto de contraste entre lo que Nelson conocía de la organización bibliotecaria argentina, en cuestiones técnicas, de infraestructura, de participación estatal, de ideas sobre la lectura y la cultura, por una parte, y, por otra, lo que pudo apreciar en esos mismos términos en los Estados Unidos.

Como quedó dicho, la Argentina no era completamente ajena a la idea norteamericana de biblioteca. Sarmiento, junto con la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares que él contribuyó a crear, fueron ágiles y efectivos publicistas de estas ideas en el inicio de la década de 1870. En el corazón de esta operación de sentido, el elemento americano, por así decir, consistía en dejar que la sociedad civil creara las bibliotecas, ofreciendo como incentivo para ello una subvención y la libre elección de las obras. Los resultados de esta concepción fueron muy buenos: en apenas cinco años se fundaron más de un centenar de bibliotecas en todo territorio

nacional. En 1876 esta política se interrumpió por efecto de la crisis financiera internacional y de la decisión del gobierno de Nicolás Avellaneda de ajustar el gasto público para pagar la deuda externa. Durante los veinte o treinta años que siguieron a esa fecha, la prédica bibliotecaria de Sarmiento quedó estancada en su forma original, quedando solo como un recuerdo o un mero recurso retórico en algunos discursos sobre la lectura. Todavía más, durante las décadas que siguieron a ese 1876 las élites dirigentes se alejaron de la noción de lectura libre que hasta entonces había caracterizado a las ideas sobre bibliotecas (Planas, 2017), por una parte, y, por otra, no volvieron a proponer una política similar ni política pública alguna de alcance nacional y de potencia semejante para el sostenimiento de las bibliotecas (Agesta, 2021). Asimismo, los bibliotecarios argentinos más destacados del entresiglos no solo no volvieron a mirar al norte para recepcionar las novedades que allí tenían lugar, como los trabajos de Melvin Dewey o Charles Ammi Cutter en materia de clasificación, sino que prestaron atención al movimiento bibliotecológico europeo (Parada, 2018).

Sin un auxilio estatal claro y sin una orientación técnica adecuada, las bibliotecas populares argentinas entraron en un profundo letargo. Nelson conoció esta realidad, y, con toda seguridad, pudo reforzar su mirada del asunto al leer el penetrante y bien documentado estado de situación del campo bibliotecario argentino hacia 1910 escrito por Amador Lucero. Se trataba de *Nuestras Bibliotecas desde 1810*, una obra de balance que se publicó, junto a otros ensayos, incluido uno del propio Nelson, en el *Censo general de educación* de 1909 (Martínez et. al., 1910), y que tuvo como propósito presentar la evolución histórica y la estructura del sistema de instrucción en la Argentina en el primer centenario de la Revolución de Mayo. Como ningún otro en su época, Lucero produjo una crítica bibliotecológica sustentada en un enfoque histórico, sociológico, estadístico y, de un modo lateral, se permitió también incluir algún elemento técnico. Entre las diferentes bibliotecas que analizó, puso especial atención a la situación de las bibliotecas populares, que eran, en ese entonces, casi las únicas instituciones bibliotecarias del país dedicadas al gran público. En cuanto a lo estadístico, Lucero apeló al relevamiento realizado en el censo de educación de 1909. El resumen de la compulsión reportó los siguientes resultados: total de bibliotecas de apertura pública (incluyendo populares y

públicas), 123; número de volúmenes, 745.731; valor en pesos nacionales estimado, 2.457.008; con edificio propio, 18; presupuesto global anual, 402.175 pesos; asistencia de lectores: 285.203; volúmenes consultados: 72.305; volúmenes prestados a domicilio: 155.197; volúmenes ingresados en los últimos cinco años: 203.102. Sobre estas cifras, Lucero concluyó: “Sería inútil y doloroso compararlas con las de los pueblos civilizados; pero quien quiera pasar un mal rato, le es fácil procurárselo en los informes del Comisionado de Educación de Estados Unidos...” (Lucero, 1910, p. 99). Con relación a la variante sociohistórica, el autor observó que la creación de las bibliotecas a través de la cooperación entre el estado y la sociedad civil solo funcionaba como potencia inicial, pero que, con el paso del tiempo, la inercia de esa fuerza se debilitaba hasta casi desaparecer. En cuanto a la razón social de ese fenómeno, explicaba que en la cultura argentina la lectura no se manifestaba como una necesidad social en la misma forma que en los Estados Unidos, de manera que las asociaciones formadas para sostener bibliotecas partían con la evidente desventaja de la indiferencia del público. Respecto de lo estatal, a los más obvios problemas generados por la falta de una estrategia general sostenible y sostenida en el tiempo, consignó aspectos de tipo administrativos, relacionados con la impericia de las agencias gubernamentales para acompañar y monitorear el progreso de las bibliotecas. Al evaluar la tarea de la renovada Comisión Protectora de Bibliotecas Populares de 1908, sentenció: “el procedimiento administrativo, lejos de perfeccionarse con la experiencia, ha dormido cuarenta años” (Lucero, 1910, p. 10). La falta de rigor en el diseño de las planillas de inspección, junto a la poco detallada y muchas veces inverosímil forma de completarlas que tenían las bibliotecas, le sugirieron al autor una preocupación mucho más específica y acuciante: las bibliotecas eran incapaces de ofrecer datos fiables simplemente porque no llevaban ni inventarios de sus existencias ni cuenta de sus lectores. Finalmente, otros dos problemas de índole bibliotecológico se sumaban a este cuadro general: por un lado, la bibliografía disponible para auxiliar la tarea de las bibliotecas le parecía insuficiente, dispersa y del todo incompleta; por otro, la falta de escuelas de bibliotecología dejaba en manos inexpertas la conducción de las instituciones. Para 1910, Lucero consideraba que la tarea bibliotecaria nacional debía recomenzar.

Las observaciones de Lucero son las de un testigo crítico de la época. Nelson pudo reconocer en ellas buena parte de los dilemas bibliotecarios de la Argentina, pero con seguridad tenía una opinión diferente respecto de lo que la bibliotecología norteamericana podía aportar como solución, y esto no tanto porque pensara que el modelo primigenio importado por Sarmiento se mantuviera vigente en el inicio siglo XX, sino precisamente porque ese modelo ya no funcionaba desde hacía tiempo en los Estados Unidos. A la actualización teórica y práctica de la cuestión está destinado el libro *Las bibliotecas en los Estados Unidos*.

#### **4. La obra de Nelson y el contexto bibliotecario argentino**

La obra de Nelson sobre la biblioteca pública se puede agrupar bajo tres grandes asuntos: el conceptual, el estructural y el bibliotecológico. La primera de las cuestiones remite al lugar de la biblioteca en la cultura norteamericana, y está expresada en el capítulo inaugural, aunque todo el trabajo, de algún modo, se refiere directa o indirectamente a este tópico. Dentro de lo estructural, se reúnen aspectos como: la historia bibliotecaria, las políticas de Estado en la materia, la organización territorial de las bibliotecas y la formación de sus edificios. Finalmente, entre lo bibliotecológico, se consignan temas como: la profesionalización de los bibliotecarios, la gestión de la biblioteca, el desarrollo de sus colecciones, los procesos de catalogación y clasificación, y la presencia pública de la institución. Sumados cada uno de estos elementos, el estudio de Nelson es de carácter generalista, es decir, ofrece una descripción global acerca de cómo se organizaban las bibliotecas. No es un manual sobre bibliotecología ni intentó serlo, aunque muchas veces el tono didáctico que asume el autor emparenta el trabajo con este género. Es, desde todo punto de vista, una obra de divulgación escrita para personas interesadas en las bibliotecas.

##### **4.1 El concepto de biblioteca pública**

La definición de biblioteca pública remite principalmente a elementos conceptuales, pero también a otros que son de carácter estructural, en particular, a lo histórico y a lo político. Según el autor, la noción de lo público incorporaba a todas las instituciones que mantenían acceso libre e irrestricto, sean estatales o sostenidas y

administradas por un grupo de personas particulares. Este acceso también debía ser gratuito, de manera que las bibliotecas por suscripción o los clubes de lectura, de espíritu más o menos inclusivo, formaban parte de otra categoría. En rigor, según la descripción de Nelson, este tipo singular de organizaciones, junto con las bibliotecas públicas sostenidas íntegramente por privados, y que de alguna manera representaban la tradición franklineana, estaban en extinción. La experiencia histórica norteamericana mostraba que las asociaciones nacidas con independencia del Estado eran incorporadas al sistema oficial de instrucción, lo que explicaba también los abundantes recursos que las bibliotecas disponían para sostener colecciones actualizadas, espacios adecuados y servicios eficientes. Esta primera constatación que introducía el libro de Nelson contrastaba con la limitada política bibliotecaria que el Estado argentino había seguido a partir de 1910, cuyos resortes presupuestarios y administrativos se mantenían casi idénticos a los promocionados en 1870 (Agesta, 2021; Planas, 2021).

Esa transformación que siguieron las bibliotecas norteamericanas no era casual: el proceso histórico supuso reforzar material e institucionalmente un sistema de valores, convicciones y preocupaciones sociales que se ligaban al ecosistema ideológico del liberalismo. Una llave interpretativa de la manera en que la biblioteca pública sintetizó y gestionó esas cuestiones la ofrece el propio Nelson entre las primeras páginas de su libro: “se ha dicho que la vida del hombre depende del uso que haya hecho de las horas de ocio” (Nelson, 1929, p. 4). Este tiempo libre, único de efectiva disponibilidad para los individuos, era el tiempo social al que las políticas del liberalismo consideraban como el objeto de sus propuestas culturales, tendientes todas a desarrollar en las personas ciertas capacidades cívicas y prácticas afines a los intereses colectivos. En este esquema las bibliotecas públicas funcionaron como una política orientada a fomentar la lectura como una opción, o, mejor, como una buena y saludable opción, entre las muchas que ofrecía el mercado masivo del entretenimiento (Augst, 2007). Esta declinación moral está presente en las descripciones celebratorias que realizó Nelson de las misiones atribuidas a la biblioteca pública. La primera y tal vez la más obvia, se refería a la oferta de literatura de calidad, distinta de la abundante, mala y barata que se podía conseguir en cualquier parte. Desde este plano general, se derivaba otro mucho más específico,

relacionado con el uso individual y utilitario de la biblioteca, y que asociaba, por un lado, la lectura al progreso económico, identificada con los libros técnicos para el pequeño capitalista, el comerciante, el inventor, el agricultor y cualquier persona con inquietudes; por otro, la lectura que define —o contribuye a definir— la formación cívica, sentimental y política de las personas. Esta dimensión social de la lectura y, en definitiva, de la biblioteca pública misma, respondía al dilema de la cohesión social, esto es, de qué manera la sumatoria de las voluntades individuales, muchas veces contrapuestas en sus intereses, junto con las complejas relaciones derivadas de la diversidad étnica y las identidades locales, lograban conformar, al final del día, un equilibrio llamado nación. Un analista crítico de este proceso como Thomas August (2007), señaló que la contribución de la biblioteca a este problema norteamericano, que también tuvo lugar en los países de América Latina que recibieron contingentes de inmigrantes calculados en millones entre el final del siglo XIX y el inicio del XX, no hay que buscarla tanto en la constitución de un público de imaginación sincrética —a la manera en que lo concibió Benedict Anderson—, sino más bien en la producción de un espacio físico de convivencia entre las personas de diferentes clases sociales. En la obra de Nelson hay un poco de cada uno de estos aspectos: por una parte, en varios pasajes el autor habla en términos de “americanización” de los inmigrantes como uno de los resortes del didactismo social al que las bibliotecas sirvieron —en la década de 1940 la ALA, en la voz de Marian Carnovsky (1941), aún sostenía esta misión como una de las principales—; por otra, y aunque a primera vista parezca contradictorio, se refirió a la responsabilidad que estas instituciones asumieron en relación con la representación y la conservación de las identidades étnicas y locales, tanto en lo que tocaba a la convivencia dentro del espacio, como observó August, como a la compilación y guarda de documentos.

Del trabajo de Nelson se puede deducir, entonces, que el concepto de biblioteca pública a la manera norteamericana, en su raíz histórica, política y social, integraba elementos relacionados con la convivencia democrática y la constitución de los sentidos de pertenencia hacia una comunidad de referencia, y cuyo espacio de actuación institucional se dirimía en el combate por el tiempo libre de las personas mediante la articulación de políticas estatales y privadas moralmente

ajustadas a un tipo de lectura que prometía progreso individual y colectivo medible en términos de bienestar.

#### **4.2 Una estructura para el concepto de biblioteca pública**

Un lector argentino contemporáneo a Nelson estaba conceptualmente de acuerdo con esa idea o misión de la biblioteca pública y, en términos generales, es probable que pensara en las bibliotecas populares como la representación local de aquellas instituciones. No obstante, el ingrediente “americano” que con seguridad concitó la atención fue la disposición de recursos que se deduce de las descripciones que Nelson realizó, tanto a nivel estructural como bibliotecológico.

Como quedó dicho a partir del análisis panorámico de Lucero (1910), las bibliotecas en Argentina se encontraban en un estado lamentable para 1910, tanto que el autor sugería que el trabajo en este campo debía recomenzar. En contraste, el cuadro que ofreció Nelson del sistema bibliotecario norteamericano hablaba de un robustecimiento progresivo, en el que principalmente se destacaba la participación del Estado. Ahora bien, el gobierno federal tenía muy poca intervención como agente de financiación y coordinación bibliotecológica, aunque este último aspecto, y de manera paulatina, fue asumido por la Biblioteca del Congreso, que se instituyó como el repositorio de la memoria impresa del país, como oficina bibliográfica nacional, y como una autoridad que los bibliotecarios pudieron seguir en materia normativa. Allende esta circunstancia, el peso económico y administrativo para el desarrollo de las bibliotecas públicas recaía en cada uno de los Estados. Esta característica, que en parte estaba dispuesta desde que la Constitución norteamericana delegaba la educación pública en cada uno de los distritos, había sido el producto de una transformación histórica: en el inicio, las asociaciones civiles crearon las bibliotecas y el Estado permitió su funcionamiento; en el final, el Estado se obligaba y obligaba a los condados y municipio comprendidos dentro de su territorio a sostener una biblioteca pública. Aunque no todos los estados funcionaban de la misma manera, en parte porque los agrupamientos poblacionales fueron —y continúan siendo— diametralmente diferentes entre la costa este y los territorios desérticos del oeste, casi todas las gobernaciones adoptaron un sistema semejante. Esto reportaba varias consecuencias. En primer lugar, observó Nelson, se requirió activar impuestos

específicos para la creación y el mantenimiento de las bibliotecas, y que este impuesto fuera aceptado por los ciudadanos. Este financiamiento no solo debía cubrir a las bibliotecas propiamente dichas, sino también a las Comisiones de Fomento que fueron creadas para seguir e inspeccionar la actividad bibliotecaria. Una segunda consecuencia, entonces, era índole administrativa. Las Comisiones de Fomento asumieron diversas responsabilidades: establecer bibliotecas, determinar el aporte de recursos para cada institución, incluidos los bibliotecarios, procurar la cooperación entre las entidades, establecer escuelas de bibliotecología, crear relaciones de solidaridad entre las escuelas y las bibliotecas, distribuir las publicaciones oficiales y, en general, asesorar en la toma de decisiones. La tercera consecuencia, que está implícita de alguna manera en lo dicho, es la red de bibliotecas públicas constituida en cada Estado. Una biblioteca central se instalaba en la ciudad capital, con responsabilidades sobre la custodia de la documentación local (gubernamental y de archivo) y la formación de servicios públicos. En cada uno de los condados que integraban el Estado, en la población principal, se establecía otra biblioteca pública y, en caso de ser necesario, en cada municipio comprendido en el condado se procedía con el mismo criterio. Todo esto, sin considerar las sucursales que una biblioteca pública podía tener dentro de una misma ciudad, o las bibliotecas viajeras o ambulantes que los gobiernos sostenían para la población rural. A modo de ejemplo, Nelson reporta un caso: California estaba integrada por 58 condados, 49 de ellos habían organizado un extenso servicio bibliotecario, alcanzando unas 272 bibliotecas para 1926; en conjunto, estas instituciones cubrían una extensión de 300 mil kilómetros cuadrados (de un total de 396 mil) y atendían, potencialmente, a casi cuatro millones de personas (Nelson, 1927, p. 59).

El resultado estadístico de esa estructura está bien documentado en el trabajo de Nelson, tanto en el interior de algunos capítulos como en un nutrido apéndice que sintetiza la evolución cuantitativa de las bibliotecas públicas en Estados Unidos, en relación con su ubicación geográfica, la cantidad de volúmenes y el número de habitantes, entre otros elementos. El siguiente cuadro ofrece un panorama nacional, compilado por el Departamento de Educación con sede en Washington, y presentado por el autor al inicio de la obra (Tabla 1):

Desarrollo de las bibliotecas públicas en los Estados Unidos					
Año	Bibliotecas	Habitantes por biblioteca	Volúmenes	Volúmenes por 100 habitantes	Aumento por ciento
1875	2039	21432	11488000	26	***
1885	2888	18806	19401000	35	68,9
1891	3503	17877	25978000	40	33,9
1896	4026	17376	33152000	47	27,2
1900	5383	14008	44592000	59	34,9
1903	6869	11632	54419	68	22,2
1913	13686	6942	89764000	94	64,9
1923	18000	12948	120841060	115	52,02

Tabla 1. Fuente: Nelson, Ernesto. (1927). *Las bibliotecas en los Estados Unidos*, p. 16.

Resulta complejo trazar comparaciones entre este cuadro y las cifras compulsadas por Lucero en el Censo Nacional de Educación de 1909, o con las *Memorias* de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares de 1915 y 1916, que marcaba un crecimiento en el número de bibliotecas que iba de 191 en 1910 a 522 en 1916 (Comisión Protectora, 1917). Es complejo porque, en primer término, Estados Unidos contaba con más de 92 millones de personas en 1910, mientras que en Argentina el Censo de 1914 registró 7.8 millones de habitantes. Asimismo, las estadísticas bibliotecarias en la Argentina estaban dispersas y no se realizaban con sistematicidad. Pero aun considerando estas dificultades, hacia la segunda década de siglo XX la diferencia, proporcionalmente hablando, era menos importante desde el punto de vista cuantitativo, algo que, desde luego, era significativo a los ojos de un lector de Nelson. La diferencia era ante todo cualitativa, y se observaba en el desarrollo material de las bibliotecas, explicable por cierta disposición cultural que transmite el autor, pero razonablemente comprendida por la extensa participación del Estado.

Uno de los vínculos estables y más visibles entre el concepto de biblioteca pública y su aspecto material hay que buscarlo en la cuestión edilicia. Según Nelson, en la cultura norteamericana la biblioteca pública debía ser un monumento (Nelson, 1927, p. 351). Esta ambición, como demostró Nieves Agesta (2020) en su estudio sobre la construcción de bibliotecas populares en la Argentina, no era ajena al sueño

y al esfuerzo que mantuvieron las comunidades locales. El edificio de una biblioteca, en el mundo occidental, expresaba físicamente el lugar conferido a la cultura letrada, a la modernidad y al ideal de progreso liberal. Una biblioteca emblemática como la pública de New York representa una manifestación de este imaginario: construida a principios del siglo XX, su exterior se imponía como un templo laico, conservando la magnificencia de las bibliotecas-palacios del pasado; pero, en su diseño interior, marcaba una transformación significativa en relación con la tradición al eliminar los patios interiores y montar la sala de lectura central sobre el depósito de libros (Muñoz Cosme, 2004). En el caso de estas instituciones excepcionalmente costosas, su construcción fue solventada con aportes de grandes magnates norteamericanos. No está muy claro en la obra de Nelson el financiamiento de las bibliotecas estatales y de condados, que representaban a la inmensa mayoría, aunque se puede inferir que se utilizaron recursos públicos, privados o una combinación de ambas cosas, según el caso, la región y la potestad de las Comisiones de Fomento. Entre los establecimientos grandes y los más pequeños se destacaba una diferencia de funcionalidad: mientras los primeros mantenían los depósitos separados de las salas de lectura (con excepción de las obras de referencia), los segundos se inclinaban progresivamente hacia el sistema de estanterías abiertas. Entre un punto y otro, el tamaño de la biblioteca y la cantidad de espacios podía variar enormemente. Según Nelson, entre las más humildes no faltaba el depósito, la sala de lectura y las oficinas del personal; pero había muchas otras que añadían salas para niños, hemerotecas, archivos, aulas de conferencias, habitaciones para clubes de lectura e, incluso, cafeterías y restaurantes. Con más o menos suntuosidad, la biblioteca encontraba un lugar en la ciudad y se disponía como un espacio usable entre los lectores.

Esto que transmitió la obra de Nelson al cierre de la década del veinte distaba mucho de la infraestructura bibliotecaria disponible en Argentina. Ciertamente había instituciones como la biblioteca de Bahía Blanca que materializaron el sueño del templo laico, incluso con procedimientos similares a los que siguieron las bibliotecas norteamericanas, que involucraron el concurso público de proyectos para el diseño y la construcción del edificio (Agesta, 2020). Con dimensiones más modestas, en otras ciudades y pueblos la biblioteca también encontró casa propia.

Sin embargo, y tal como lo demostró Ayelén Fiebelkorn (2024) para la ciudad de La Plata, muchas bibliotecas populares de este período vivieron de mudanza en mudanza, entre salas prestadas y alquiladas. Sin una presencia firme del Estado en materia de infraestructura, las bibliotecas argentinas quedaron en manos de la voluntad y la fuerza de las asociaciones.

#### **4.3 La gestión bibliotecológica del concepto de biblioteca pública**

Si el edificio propio era, en la obra de Nelson, una condición de estabilidad para la biblioteca norteamericana, el ritmo institucional estaba dado por el ahínco militante de los bibliotecarios y las bibliotecarias. Y esto, en buena medida, se explicaba por el temprano proceso de profesionalización de la actividad, iniciado en 1887 de la mano de Melvil Dewey (Añorve Guillen, 2008). Desde esa primera escuela, las instituciones de enseñanza se habían extendido por todos los estados, con diferentes objetivos y niveles de formalización. En la cúspide del sistema se encontraban las escuelas permanentes, generalmente radicadas en universidad o anexas a las grandes bibliotecas. Entre unas y otras, explicaba Nelson, la diferencia era de alcance y profundidad de la enseñanza: en las universidades se privilegiaban los estudios teóricos y las metodologías de investigación, mientras en las bibliotecas daban más lugar a la práctica bibliotecaria, haciendo de este modo uso de las instalaciones como espacio formativo. La diferencia de énfasis, sin embargo, no modificaba el núcleo fundamental de los estudios, que integraba temas de administración, catalogación y clasificación, bibliografía, que incluía nociones de referencia, mercado editorial y crítica literaria, y, por último, un conjunto de conocimientos generales de carácter histórico y social, como la extensión bibliotecaria y la historia de las bibliotecas. La duración de esta instrucción podía variar entre uno y dos años. Los requisitos de ingreso, observó el autor, comenzaron siendo laxos, hasta que progresivamente se exigió a los postulantes el *collegeo* bachillerato, y aún un examen de admisión. Al margen de estas instituciones, se desarrollaba un sinnúmero de cursos, seminarios y simposios, cuya finalidad variaba sustancialmente según las necesidades por atender: desde talleres para principiantes, hasta especializaciones de uno y dos años en materia de bibliotecas infantiles. El resultado que dejó este conjunto de instituciones formales e informales, estables y efímeras, fue, con seguridad, mucho

más significativo de lo que el propio Nelson recogió en su libro, quién se limitó a enfatizar lo que el proceso de profesionalización dejó en términos de calidad de los servicios bibliotecarios, e hizo a un lado las consecuencias políticas y de campo de esta instrucción. En parte, esta circunstancia puede explicarse porque la cuestión estaba fuera del alcance de su obra. Sin embargo, no es difícil entrever que el cariz misional atribuido al bibliotecario en el esquema de instrucción norteamericano (Augst, 2007), y que está presente a lo largo del texto de Nelson, contribuyó a diluir los problemas relacionados con la agremiación, la ocupación de los cargos, la desigual remuneración entre hombres y mujeres, la elevación de los salarios y las condiciones laborales generales en un discurso atenuado de toda conflictividad, como si se tratara de asuntos meramente burocráticos o de cuya resolución el tiempo iba a dar cuenta.

En cualquier caso, lo que el trabajo de Nelson reportaba en términos de formación del personal bibliotecario era un modelo que estaba lejos de concretarse a nivel nacional en la Argentina, aunque la demanda social era progresivamente intensa hacia finales de la década de 1920 (Agesta, 2023b; Silber, 2021). Esa suerte de garantía de buen funcionamiento institucional que representaba el bibliotecario en el sistema norteamericano, y que la obra de Nelson mostró, también era constable en las aspiraciones transformadoras que los actores del campo bibliotecario argentino mantuvieron, para quienes profesionalizar la actividad representaba, por una parte, asegurar ciertas condiciones técnicas de organización, y, por otra, situar un mediador entre los estantes y los lectores (Planas, 2024). Las concreciones sociales de estas aspiraciones tuvieron lugar de manera progresiva en las décadas de 1940 y 1950, período en el que proliferaron las escuelas de bibliotecología, se construyó una imagen social del bibliotecario y hasta hubo intentos de sindicalización de la actividad (Coria, 2024). Todo este crecimiento no pareció suficiente a observadores como Carlos Víctor Penna (1960), Josefa Sabor (1966) o Federico Finó (1956), quien describió la situación del campo hacia 1956 en estos términos: “las bibliotecas argentinas continúan siendo organismos vetustos e ineficientes: fondos bibliográficos pobres, procedimientos técnicos muy primitivos, locales y organización inadecuada. Las llamadas bibliotecas populares atendidas por personal escaso, mal pagado y sin preparación profesional...” (Fino, 1956, p. 85). En

los cuarenta y tantos años que pasaron entre las observaciones de Lucero y de Fino, las modificaciones no parecían suficientes. Y es que al contrastar estos balances con las descripciones que hiciera Nelson del funcionamiento de las bibliotecas públicas norteamericanas de las tres primeras décadas del siglo XX se comprende una buena parte de las frustraciones que mantuvo la primera generación de bibliotecarios graduados, quienes vieron limitadas sus aspiraciones personales y sectoriales por los magros recursos que el Estado le destinaba al sector, y por la poca estima que, según ellos, despertaban estas instituciones en la sociedad argentina.

La organización integral de la biblioteca, los fondos bibliográficos y el procesamiento técnico de los libros, por tomar tres de los elementos clave citados por Fino, fueron presentados por Nelson como los cimientos indispensables para el desarrollo social de la biblioteca. Desde el punto de vista bibliotecológico, los dos primeros aspectos no ofrecieron grandes novedades respecto de lo que se podía conocer o hacer en la Argentina en términos de cómo seleccionar libros o administrar la institución. Las bibliotecas populares, como asociaciones civiles, habían desarrollado de forma autónoma una serie de habilidades y saberes con relación a la economía del establecimiento y a la elección de lecturas. La diferencia, en estos planos, era medible en términos de recursos: mientras que las bibliotecas populares penaban por la obtención de subvenciones y organizaba de forma paralela todo tipo de actividades con fines recaudatorios, las bibliotecas públicas norteamericanas aseguraban su estabilidad bajo el amparo estatal. Así, por ejemplo, cuando en Argentina las asociaciones asumieron, en el mejor de los casos, los costos salariales de un bibliotecario, en las descripciones de Nelson se distingue con claridad una estructura burocrática oficial, que incluía uno o dos bibliotecarios para los establecimientos más pequeños y un conjunto de funcionarios para las Comisiones de Fomento. Otro tanto puede considerarse para desarrollo de las colecciones, cuya abundancia y actualización estaba garantizada por los fondos públicos.

En lo que respecta a la organización de los catálogos y a la clasificación de los libros, la obra de Nelson reportó tres novedades significativas para el público argentino. La primera estaba relacionada con el libre acceso de los lectores al estante, libertad que exigía el uso de un riguroso y a la vez inteligible sistema de

clasificación. En Argentina, esta cuestión estaba en discusión: en la práctica, y debido al reducido número de volúmenes que tenían las bibliotecas populares (Coria, 2025), los materiales se organizaban temáticamente, aunque esto no implicaba libre acceso; en la crítica bibliotecaria, desde Túmburus (1913) en el inicio del siglo XX hasta los cursos de Manuel Selva (1939) en el final de la década de 1930, la recomendación general fue acomodar los libros de acuerdo con el tamaño. La segunda novedad, aunque parcial en cierto aspecto, fue la introducción de una batería de sistemas y herramientas de clasificación que, con posterioridad, iban a ser traducidos y estudiados en Argentina y otras partes de América Latina: el sistema expansivo Cútter, la clasificación de la Biblioteca del Congreso y los encabezamientos de materia, entre otras metodologías de trabajo. Novedad parcial porque el principal instrumento, la clasificación decimal, había llegado dos décadas antes de la publicación de la obra de Nelson por la vía europea, más precisamente por las adaptaciones que realizó el Instituto Bibliográfico Internacional al trabajo original de Dewey, y que recepcionó Federico Birabén (1904). La tercera cuestión, relativa a la catalogación, lo nuevo no radicaba tanto en los protocolos utilizados, sino en la manera en que se había impuesto una suerte de coordinación nacional mediante la obra que realizaba la Biblioteca del Congreso, que ofrecía buenas soluciones al problema de la eficiencia catalográfica al remitir fichas impresas y estandarizadas de los libros a todas las bibliotecas que lo solicitaran. La influencia de este mecanismo no solo consiguió la progresiva normalización de los catálogos, sino que redujo el tiempo de trabajo que en cada biblioteca se le dedicaba a la tarea. Y este ahorro permitió a los bibliotecarios mejorar los catálogos locales, al ofrecer, por ejemplo, puntos de acceso por cada capítulo de un libro. Mientras tanto, en Argentina, la Biblioteca Nacional, que continuaba apegada al catálogo impreso como forma de hacer conocer sus fondos, no ofrecía ninguna política bibliotecológica de alcance general, ni cooperación alguna con la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, que recién a partir de 1932, con Juan Pablo Echagüe a la cabeza, comenzó a brindar algunas pautas, aunque nada tan sólido como facilitar la catalogación de los libros (Coria, 2023).

Los aspectos descriptos hasta aquí fueron, de alguna manera, las condiciones de posibilidad para la acción social de la biblioteca pública. Y esta cuestión, según se

sigue de las descripciones de Nelson, se dirimió entre la presencia pública de la biblioteca, un buen servicio de referencia y una articulación política y estratégica con otras instituciones sociales, principalmente las escuelas. El primer aspecto encontró dos expresiones: la publicidad y la extensión bibliotecaria. Ninguno de estos mecanismos de atracción de lectores era del todo desconocido en Argentina, tanto en la tradición sarmientina como en las prácticas bibliotecarias que el socialismo introdujo durante las tres primeras décadas del siglo XX (Barrancos, 1996). Las observaciones de Nelson, en todo caso, reforzaron las hipótesis que existían sobre los porqués de la subutilización de las bibliotecas, como la falta de conocimiento sobre sus servicios o la ausencia de una formación literaria adecuada, y a ofrecer un panorama de la manera en que los bibliotecarios norteamericanos buscaron darle soluciones. El principio de estas soluciones estaba montado sobre un lenguaje que se refería a las bibliotecas como ámbitos comerciales, y no porque estuviera en entredicho su gratuidad, sino por su capacidad de competir en el mercado de las atracciones ofrecidas para el tiempo libre. Nelson no fue el único que reparó en esta analogía. En Francia, otro país receptor de la bibliotecología norteamericana, la metáfora de la biblioteca como una tienda estuvo en la pluma de los críticos de la primera mitad del siglo XX, tanto para alentar una modificación en el espíritu de estas instituciones, como para criticar la idea de la mercantilización de la biblioteca y, por añadidura, de la lectura (Chartier y Hébrard, 2005). Quienes estuvieron más cerca de las posiciones celebratorias en relación con ese cambio de época y perspectiva, se interesaron por las estrategias publicitarias que seguían los bibliotecarios norteamericanos, que emulaban las promociones implementadas por las empresas: llamadas telefónicas de persuasión individual, artículos en la prensa local, publicación de revistas institucionales, cartelería en la vía pública, impresión de listas bibliográficas segmentadas por tipos de lectores y organización de vitrinas vistosas, entre otros recursos. Esta publicidad requería el despliegue de una cantidad de actividades de extensión que llenaran la vida cotidiana del establecimiento: conferencias, clubes de lectura, exposiciones bibliohemerográficas, proyecciones de cine, cursos de idioma y talleres de distinto tipo. De todo esto Nelson ofreció detalle. Por ejemplo: un artículo en la prensa no debía simplemente destacar las bondades de la biblioteca, sino inmiscuirse en un tema álgido en la

opinión pública y brindar referencias sutiles que movieran al lector a consultar tal o cual libro. Este tipo de participación, contrariamente a lo que informaron libros como el de Nelson, no siempre siguieron el camino de la neutralidad valorativa que pregonó la bibliotecología norteamericana: se ha estudiado que, al comienzo de la primera guerra mundial, muchas bibliotecas públicas difundieron las crónicas de la prensa germánica y británica, pero, cuando Estados Unidos entró en el conflicto para enfrentarse con Alemania, los bibliotecarios asumieron como responsabilidad contribuir con el gobierno norteamericano escamoteando la perspectiva de la comunidad alemana, incluso, llegaron a plantear que la neutralidad, en situaciones como esa, era considerada una deslealtad (Smith, 2007).

El complemento necesario de esas campañas de promoción fue la capacidad de respuesta que entregaban las bibliotecas. Y esto, que desde luego remitía en última instancia a las inversiones para actualizar de forma permanente el fondo bibliográfico, comprometía además la organización de un buen servicio de referencia. Los y las bibliotecarias dedicadas a esta especialidad, observó Nelson, manejaban bibliografías, diccionarios, índices, enciclopedias y repertorios de los más variados, con la finalidad de atender a la solicitud de un número de teléfono, un mapa turístico, una biografía, un retrato, un dato estadístico, un ensayo o un capítulo de libro. “Todo es igualmente importante; toda curiosidad es igualmente digna de ser satisfecha” (Nelson, 1927, p. 112). Esta máxima que expresaba el autor representaba toda una novedad para los bibliotecarios argentinos: simbolizaba una manera por completo diferente de utilizar la biblioteca y un modo de entender que el acto de lectura iba más allá de sus tradicionales funciones de instrucción o recreación: informar era parte del nuevo repertorio conceptual de la bibliotecología.

La última expresión de la presencia pública de la biblioteca en la comunidad se relacionó con la capacidad y las maneras en que estos establecimientos crearon vínculos con otras instituciones de la comunidad, especialmente con las escuelas. Este lazo, como quedó dicho, se encuentra presente en los discursos que brindaron fundamento y sentido social a las bibliotecas, comprendidas como una continuidad del aula. Pero el libro de Nelson, además de sostener esa idea, informaba que la biblioteca pública participaba de la vida escolar de dos maneras muy concretas: por una parte, instruía a los estudiantes en el manejo de las obras de referencia (índices,

bibliografías, diccionarios, etc.); por otra, apoyaba materialmente el desarrollo de la biblioteca escolar remitiendo colecciones de libros a pedido. En contrapartida, la escuela incorporaba trabajos prácticos de acreditación obligatoria a desarrollarse en la biblioteca, y facilitaba desde el aula que los estudiantes y sus familias estuvieran asociados a la institución. Una segunda dimensión de estos vínculos debe buscarse en la incorporación del saber bibliotecológico en los esquemas de formación del magisterio: familiarizar al maestro con las prácticas bibliotecarias no solo buscaba asegurar que el profesorado tomara conciencia del potencial de las bibliotecas; por esa vía también se reforzaba una forma de la pedagogía que insistía en la autonomía del aprendizaje, y donde la biblioteca cumplía un papel como repositorio de recursos y la bibliotecología como un saber para aprovecharlos. Todo este paquete de conceptos y prácticas tenía escaso registro en la Argentina hacia la tercera década del siglo XX, pero las ideas ya se conocían. Esto, en parte, porque muchas maestras participaron de la vida cotidiana de las bibliotecas populares, algunas de las cuales la Comisión Protectora había creado en dependencias escolares (Planas, 2021); en parte, también, porque la incorporación de la biblioteconomía como asignatura en los planes de estudio del magisterio fue una propuesta que presentaron Nicanor Sarmiento y Santiago Amaral al Congreso Americano de Bibliografía e Historia (Asociación Nacional de Bibliotecas, 1917). La primera de estas cuestiones tuvo un desarrollo casi natural, y esto porque las bibliotecas populares sirvieron con sus fondos a las necesidades del público escolar. A tal punto llegaron estas relaciones que Josefa Sabor evaluó, como una forma de solucionar los problemas estructurales del sistema bibliotecario, una suerte de fusión conceptual y práctica entre la biblioteca escolar y la biblioteca pública o popular (Sabor, 1966). El segundo aspecto fue retomado, aunque sin éxito, por un artículo de Domingo Buonocore en 1942, en el que insistió en la gravitación de la bibliotecología como parte importante de la formación de los maestros, porque, decía, “la educación no consiste tanto en poseer conocimientos, como en saber dónde y de qué modo obtenerlos” (Buonocore, 1942, p. 161). La reminiscencia de Nelson todavía estaba presente.

### **A modo de conclusión**

Al llegar al final del trabajo, la primera consideración que se impone remite al estado de conocimiento sobre la obra bibliotecaria de Nelson. Como quedó probado, lo que se conocía sobre el asunto era muy poco, llamativamente poco. Si hubiera que arriesgar una hipótesis de por qué se produjo este olvido hay que enumerar varios aspectos. El primero, tiene que ver con la historia de la bibliotecología argentina, que solo recientemente ha vuelto sobre el análisis de las obras y las biografías fundamentales. La segunda cuestión, sin duda, está relacionada con la poca relevancia que le brindó la primera generación de bibliotecarios profesionales al estudio de sus antecesores, aun cuando los primeros cursos de Selva, con los que muchos de ellos se habían formado, tuvieron como base conceptual a *Las bibliotecas en los Estados Unidos*. El tercer elemento está vinculado con el carácter del estudio de Nelson, que es una obra de divulgación. Y tal vez por esta razón, y porque en los años cuarenta comenzó un lento pero progresivo fenómeno de especialización del saber bibliotecológico, el libro perdió interés como fuente de información. En cualquier caso, esta hipótesis tendrá que ser corroborada en otro trabajo, que eventualmente pueda recuperar las constataciones principales de esta investigación, que ante todo procuró una hilvanar los tópicos centrales del estudio de Nelson con el contexto histórico de su producción.

En cuanto a las constataciones propiamente dichas, la primera remite a la coyuntura nacional e internacional en la que aparece el libro de Nelson. La consolidación de los Estados Unidos como potencia mundial y su creciente influencia en América Latina tuvo su correlato en el ámbito bibliotecario. *Las bibliotecas en los Estados Unidos* formó parte de ese movimiento, pero de ninguna forma se puede reducir su significación solo a ese fenómeno. Y esto porque, intrínsecamente, los temas que trata la obra y el modo de tratarlos resultaron una novedad en la Argentina en dos planos diferentes: uno, remite al estado de conocimiento del campo, todavía incipiente, pero más específicamente a la manera en que el estudio de Nelson actualizó las ideas norteamericanas que Sarmiento había incorporado en la segunda mitad del siglo XIX en relación con el funcionamiento de las bibliotecas públicas; el otro, es el resultado del contraste entre la precaria

situación de las bibliotecas populares durante las tres primeras décadas del siglo XX y una forma por completo diferente de comprender y hacer la biblioteca en lo social.

La segunda comprobación está vinculada, concretamente, a los sentidos principales contenidos en esa forma “por completo diferente” de hacer la biblioteca. En varios pasajes del artículo, la referencia al ingrediente o estilo americano aparece como un *leitmotiv*, como una clave interpretativa para comprender las novedades que reportó la obra de Nelson. Y lo nuevo se pueden leer en tres niveles diferentes: el conceptual, el estructural y el bibliotecológico. En términos de ideas, el desplazamiento histórico que lleva a las bibliotecas de asociación hacia el Estado, con la consecuente modificación en la noción de lo público, constituyó una diferencia sustancial respecto del concepto de biblioteca popular, vinculado con el gobierno de la sociedad civil. Este movimiento, que en Estados Unidos buscó reforzar el lugar de la lectura como práctica deseable para cubrir el tiempo libre de las personas, encontró en la estructura estatal un caudal importante y estable de recursos que garantizó y explicó la consistencia bibliotecológica del sistema. Si la producción sarmientina sobre bibliotecas se valió de tonos literarios para situar, con algo de épica, cierto modo de hacer las cosas sin la intervención gubernamental; el trabajo de Nelson es más bien lo contrario: nada de lo que se describe en el libro se puede comprender sin la participación del Estado. Esta es una diferencia fundamental entre el modelo de biblioteca popular y pública, y también la razón que ayuda a entender la fuerza de la bibliotecología norteamericana, tanto en lo que respecta a su temprano proceso de profesionalización, como a la incidencia en el campo que estos bibliotecarios alcanzaron. Seguramente no tuvieron toda la incidencia que aspiraron a tener, y que de algún modo la crítica puso de manifiesto. Pero, dada la extensión de las bibliotecas en cada estado, condado y municipio, dada también la disponibilidad de edificio propio y el flujo permanente de recursos, todas condiciones materiales de posibilidad; la acción técnica y la búsqueda por brindar mejores servicios eran aspectos esperables.

Volver a *Las bibliotecas en los Estados Unidos* es una apuesta a reconsiderar el lugar que esta obra y su autor tuvieron en la historia de las bibliotecas y de la bibliotecología en Argentina. Comenzar a comprender sus temas centrales y su contexto de publicación resultaba imprescindible para avanzar sobre otras

cuestiones más específicas, y que a su tiempo podrán contemplar y evaluar las constataciones hasta aquí enunciadas.

## Referencias bibliográficas

- Abeledo, A. A. (1961). *Ernesto Nelson: recuerdos de una larga amistad*. Tall. Luz.
- Agesta, M. de las N. (2020). Minerva en la Pampa, Sarmiento en el templo. Bibliotecas populares e historicismo arquitectónico en el sudoeste bonaerense a principios del siglo XX. *Onthew@terfront. Public Art. Urban Design. CivicParticipation. Urban Regeneration*, 62(2), Doi: <https://doi.org/10.1344/waterfront2020.62.6.2>
- Agesta, M. de las N. (2021). Cultura en guerra: La Primera Guerra Mundial y la acción bibliotecaria del Estado nacional en la Argentina (1914-1921). *Historia Y Espacio*, 17(57). <https://doi.org/10.25100/hye.v17i17.11305>
- Agesta, M. de las N. (2023a). Tentativas y tambaleos de la “cuestión” bibliotecaria. Protección y fomento de las bibliotecas populares en la provincia de Buenos Aires (1910-1913). *Cuadernos de historia (Santiago)*, (58). <https://dx.doi.org/10.5354/0719-1243.2023.71046>
- Agesta, M. de las N. (2023b). Delegados del Saber: la Asociación Nacional de Bibliotecas y las políticas bibliotecarias en Argentina (1908-1913). *Historia Crítica*, 1(87), 129-154. <https://doi.org/10.7440/histcrit87.2023.06>
- Añorve Guillen, M. A. (2008). Educación bibliotecológica en los Estados Unidos: The Library School of The New York Public Library. *Investigación bibliotecológica*, 22(46), 7-11. [http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0187-358X2008000300001&lng=es&tlng=es](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0187-358X2008000300001&lng=es&tlng=es).
- Asociación Nacional de Bibliotecas. (1917). *Congreso de bibliografía e historia y exposición del libro*. Villa del Rosario: [s.n.].
- Augst, T. (2007). Faith in Reading: Public Libraries, Liberalism and the Civil Religion. En Augst, T. y Carpenter, K. (ed.) *Institutions of Reading: The Social Life of Libraries in the United States*. Amherst: University of Massachusetts Press.
- Barrancos, D. (1996). *La escena iluminada: ciencias para trabajadores (1890-1930)*. Plus Ultra
- Birabén, F. (1904). La futura biblioteca universitaria. Imprenta Didot.
- Bombini, G. (2007). La lectura de textos literarios: episodios de una polémica didáctica. *Anales de la educación común*, Tercer siglo, 3(6), 73-78. <https://cendie.abc.gob.ar/revistas/index.php/revistaanales/article/view/263>
- Bostwick, A. E. (Comp.) (1933). *Popular libraries of the world*. Chicago, American Library Association.
- Buonocore, D. (1942). La biblioteconomía en los planes de estudio de enseñanza media. Necesidad de su estudio. *Universidad*, 11.
- Carnovsky, M. S. (1941). *Introducción a la práctica bibliotecaria en los Estados Unidos*. American Library Association.
- Caruso, M. y Dussel, I. (2009). Dewey en Argentina (1916-1946): Tradición, intención y situación en la producción de una lectura selectiva. *Encuentros en teorías e historia de la educación*, 10, 23-41. <https://doi.org/10.24908/eoe-ese-rse.v10i0.2140>
- Chartier, A. M. y Hébrard, J. (2005). *Discursos sobre la lectura (1880-1980)*. Gedisa.

- Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. (1917). *Memoria de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares correspondiente a los años 1915 y 1916*. Buenos Aires, Talleres Gráficos de L. J. Rosso.
- Coria, M. (2023). *Las políticas bibliotecarias de lectura de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares (1933-1949)* (Tesis de posgrado). Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. <https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.2638/te.2638.pdf>
- Coria, M. (2024). Profesionalización e institucionalización del campo bibliotecario argentino (1933-1949): el rol de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. *Palabra Clave (La Plata)*, 13(2). <https://doi.org/10.24215/18539912e217>
- Coria, M. (2025). La Comisión Protectora de Bibliotecas Populares en cifras. Análisis cuantitativo del desarrollo de la institución y las bibliotecas populares (1931-1949). *Información, Cultura Y Sociedad*, (52), 53-77. <https://doi.org/10.34096/ics.i52.15081>
- De Luca, R. M. (2008). *Funcionarios bonaerenses (1810-1950)*. Dunken.
- Dussel, I. (1997). *Currículum, humanismo y democracia en la enseñanza media [1863-1920]*. FLACSO.
- Fiebelkorn, A. (2024) *Senderos culturales. Bibliotecas populares y sociabilidades en la capital bonaerense (1882-1950)*. Eduvim.
- Filosofía en español. (2025). *Biblioteca Interamericana 1919-1946*. <https://www.filosofia.org/ave/001/a354.htm> (09/07/2025).
- Fino, F. (1956). Panorama bibliotecario argentina en 1956. *Boletín de la Asociación Cubana de Bibliotecarios*, 3, 84-87.
- Fino, F. y Hourcade, L. (1952). *Evolución de la bibliotecología argentina (1757-1952)*. Universidad Nacional del Litoral.
- Fischer, G. y Mosqueira, M. (2017). *Formatos Escolares Alternativos para la Escuela Secundaria*. XII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. <https://cdsa.aacademica.org/000-022/350>
- Flores Ramos, J. E. (2018). De los gabinetes de lectura a la Biblioteca Carnegie. Política y cultura entre dos soberanías. El caso de Puerto Rico, 1835-1918. En Aguirre, C y Salvatore, R. (ed.). *Bibliotecas y cultura letrada en América Latina: Siglos XIX y XX* (pp. 105-129). Pontificia Universidad Católica, Fondo Editorial.
- Gagliano, R. S. (2017). Ernesto Nelson: una escuela activa para el colegio secundario. En: Nelson, E. *Plan de reformas a la enseñanza secundaria y otros escritos* (13-32). Unipe. <https://biblioteca.clacso.edu.ar/Argentina/unipe/20200415063535/Plan-de-reformas-a-la-ensenanza-secundaria.pdf>
- Herrero, A. (2006). Liberalismo y democracia en Argentina. El estudio de un caso: Ernesto Nelson: ¿Un educador del Estado en contra del Estado? *Utopía y Praxis Latinoamericana* 11(33), 103-108. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=27903307>
- Laugesen, A. (2014). UNESCO and the Globalization of the Public Library Idea, 1948 to 1965. *Library & Information History*, 30(1), 1-19, 10.1179/1758348913Z.00000000052

- Lucero, A. (1910). *Nuestras bibliotecas desde 1810*. Coni.
- Martínez, A. B., et al. (1910). *Censo general de Educación: levantado El 23 de mayo de 1909 durante la presidencia del Dr. José Figueroa Alcorta, siendo ministro de Justicia é Instrucción Pública el Dr. Rómulo S. Naón*. Oficina Meteorológica Argentina.
- Muñoz Cosme, A. (2004). *Los espacios del saber. Historia de la arquitectura de las bibliotecas*. Trea.
- Nelson, E. (1921). *La biblioteca pública y su misión social: impresiones y sugerencias que nos ofrecen las grandes y pequeñas bibliotecas norteamericanas*. [S.l.]: Consejo Superior de Educación de la Provincia de Corrientes.
- Nelson, E. (1927). *Las bibliotecas en los Estados Unidos*. Dotación Carnegie.
- Nelson, E. (1929). *Las bibliotecas en los Estados Unidos*. Dotación Carnegie.
- Nelson, E. (1930). *La función educacional de la biblioteca pública*. Comisión Nacional de Bibliotecas Populares.
- Nelson, E. (1933). Argentine. En Bostwick, A. E. (Comp.), *Popular libraries of the world* (p. 11-15). American Library Association.
- Nelson, E. (1934). Liberación de la cultura. *Boletín de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares*, 1(4).
- Nelson, E. (1936). La biblioteca pública y los problemas de nuestra cultura. *Boletín de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares*, 4(16).
- Nelson, E. (1937). Bibliotecas circulantes y librerías. *Boletín de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares*, 5(20)
- Nelson, E. (1941). *Bibliotecas y cooperadoras*, *Boletín de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares*, 8(37).
- Nieto Arango, N. (2024). *La institucionalización de la bibliotecología y la EIB: El proyecto de Asistencia Técnica de Estados Unidos para América Latina en el marco de la Guerra Fría* (Tesis de maestría). Universidad de Antioquia, 2024. <https://bibliotecadigital.udea.edu.co/entities/publication/8461dc38-e1e1-44c9-aa82-2c3863a33fc5>
- Parada, A. E (ed.). (2018). *Una polémica con historia: el debate Juarroz - Sabor sobre Bibliotecología y Documentación*. Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Parada, A. E. (2009). *Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires. Antecedentes, prácticas, gestión y pensamiento bibliotecario durante la Revolución de Mayo (1810-1826)*. Universidad de Buenos Aires.
- Payró, R. (1903). Posiciones respectivas de los EE.UU. y Europa en el comercio con la República Argentina. *Revista de Derecho, Historia y Letras*, VII(XVII).
- Penna, C. V. (1960). *La bibliotecología latinoamericana: algunas consideraciones sobre su pasado: esbozo de un plan para acelerar su desarrollo*. Universidad Nacional de Tucumán.
- Planas, J. (2017). *Libros, lectores y sociabilidades de lectura. Una historia de los orígenes de las bibliotecas populares en la Argentina*. Ampersand.
- Planas, J. (2019). Producción y circulación del saber en la historia del campo bibliotecario argentino. *Información, Cultura y Sociedad*, 40, 53-68. <https://doi.org/10.34096/ics.i40.5474>
- Planas, J. (2021). Bibliotecas populares elementales: nacionalismo, inmigración y política bibliotecaria durante la década de 1910. *Prismas*, 25, 91-112. <https://doi.org/10.48160/18520499prismas25.1208>

- Planas, J. (2023). Las dos bibliotecas. Domingo Faustino Sarmiento y Vicente Gonzalo Quesada en los orígenes de la bibliotecología en Argentina. *Anuario IEHS*, v. 38(2), 81-104. <https://doi.org/10.37894/ai.v38i2.1860>
- Planas, J. (2024). ¿Qué cosas hay que saber de las bibliotecas? Las ideas de Manuel Selva sobre la formación de los y las bibliotecarias en la Argentina (1937-1944). *Palabra Clave (La Plata)*, 13(2), e218. <https://doi.org/10.24215/18539912e218>
- Sabor, J. E. (1966). Revisión del concepto de las funciones bibliotecarias en América Latina. *Boletín de la UNESCO para las bibliotecas*, 20(3).
- Sánchez García, V. P. (2023). ¿Qué sujetos debe formar la escuela? ¿En función de qué proyecto de país? Ernesto Nelson y las disputas al currículum hegemónico de la educación secundaria argentina. XIII Jornadas de Investigación en Filosofía de profesores, graduados y estudiantes. La Plata, 7, 8, 9, y 10 de agosto de 2023. <http://jornadascinig.fahce.unlp.edu.ar/jornadasfilo/xi-jornadas-2022/actas/ponencia-231019111159960982>
- Selva, M. (1939). *Manual de Bibliotecnia*. Julio Suarez.
- Silber, L. (2021). El plan que supimos conseguir. Los primeros años de la Escuela de Archivistas, Bibliotecarios y Técnicos para el servicio de Museos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (1922 – 1927). *Información, Cultura y Sociedad*, 44, 49-60. <https://doi.org/10.34096/ics.i44.9826>
- Smith, A. (2007). American libraries in wartime: the role of propaganda. <https://doi.org/10.17615/3nmj-7c07>
- Southwell, M. (2018). Formato, pedagogía y planeamiento para la secundaria Argentina: notas sobresalientes del siglo XX. *História da Educação* 22(55), 18-37. <https://doi.org/10.1590/2236-3459/82034>
- Stagno, L. (2009). Reeducción e ideas punitivas asociadas a la minoridad (1933-1943). *Propuesta educativa*, 31, 109-117. En Memoria Académica. [http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art\\_revistas/pr.8065/pr.8065.pdf](http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.8065/pr.8065.pdf)
- Taliercio, A. y Sgró, M. (2020). John Dewey, Sua Influência Na Pedagogia Argentina. *Educação Em Análise* 5 (2). <https://doi.org/10.5433/1984-7939.2020v5n2p318>
- Túmburus, J. (1913). *Apuntes de bibliotecografía: notas histórico-bibliográficas sobre la clasificación*. Imprenta Coni Hermanos.